

ya en el medio rural y, consiguientemente, deja de ser aldea, colocándose, por el contrario, en el medio urbano, convirtiéndose verdaderamente en ciudad.

IV.—Que, una vez precisado este límite, será necesario —*indispensable*— denominar de un modo preciso —si se tiene que recurrir a una locución— *las diversas categorías de aglomeración* que se sitúan en el medio urbano a fin de hacer desaparecer innumerables incertidumbres nacidas del empleo de un término que quizás se cuente entre los más imprecisos de la actualidad en Sociología: el término “ciudad”.

V.—Que, por consiguiente, de un modo *concomitante* con respecto a la investigación en el terreno, será necesario proceder a una conceptualización, ya que la falta de conceptualización representa una laguna grave en la Sociología en general y más especialmente en cuanto aborda el medio urbano.

VI.—Que, finalmente, y siendo quizás más trabajo de psicólogo que de sociólogo, es preciso que se emprenda un enorme esfuerzo de enseñanza que haga desaparecer los innumerables *idola fori* de que está rodeada la imaginación popular con respecto al que se dice “monstruo trascendental y apocalíptico de la ciudad”, fenómeno que, por el contrario, es verdaderamente humano en cuanto último medio que se ofrece al hombre en su evolución, en cuanto es medio característico de la humanidad, por el hecho de que sólo la ciudad permite, probablemente, el desarrollo de un infinito número de actividades: el animal podría vivir, en efecto, en la aldea, en un medio natural ligeramente transformado, pero sería incapaz de vivir en el medio urbano que sólo el hombre puede concebir, y en el cual sólo él puede vivir. A la idea de la ciudad inhumana es preciso que se la substituya por la idea de la ciudad considerada como única verdaderamente humana, como dotada de una humanidad más perfecta.

ORÍGENES Y SIGNOS DE LA CIUDAD

Por Roberto MACLEAN Y ESTENÓS *

Orígenes y Principales Influencias en el Desarrollo de las Ciudades.—Signos Distintivos de la Ciudad Desde el Ángulo Sociológico.

Orígenes y Principales Influencias en el Desarrollo de las Ciudades.—La fundación de las primeras ciudades marca un hito cronológico y trascendental en la prehistoria de la humanidad, marcha lenta, trabajosa y milenaria del salvajismo a la civilización. Es el segundo de esta trayectoria; el primero, perdido en la nebulosa de los tiempos, es el *descubrimiento del fuego*, que hizo del salvaje un bárbaro y provocó extraordinaria mutación en la convivencia colectiva.

— La ciudad es la cuna de la civilización. La engendra. La nutre. La acrecienta. El hombre no fue un ser civilizado mientras no creó la ciudad y vivió en ella. Límite cronológico entre la barbarie y la civilización, antes de que surgieran las primeras ciudades, el mundo era bárbaro y, cuando ellas surgen, más allá de los límites urbanos, el mundo sigue siendo bárbaro. La etimología recuerda la esencia de este estado social: el vocablo “civilización” procede de la voz “civitas”, que significa ciudad entre los antiguos.

~ Múltiples *orígenes* —el agrario, el bélico, el mítico, el religioso, el feudal, el económico y el convencional— dan vida a las ciudades. El más antiguo parece ser la *agricultura*, cuando el recolector nómada, después de descubrir el secreto de la semilla, deja de ser errante, se hace sedentario, siembra, se arraiga a la tierra que cultiva con ánimo de producir, transforma la economía parasitaria, de consumo, de las épocas anteriores, en economía activa y de producción, y vive en una *choza* estable, en el centro del terreno que trabaja, anuncio de la civilización ciudadana porque da nacimiento al caserío, reunión de viviendas rústicas que no tienen, con excepción de la vecindad, ningún vínculo entre sí, y que se transforma en *aldea* en la que aparecen ya nuevos nexos como son la autoridad común y cierta división del trabajo, impuesta

* El autor es catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, Perú.

por las faenas del campo, "comunidad natural de la familia" al decir de Aristóteles y que por obra de su propio crecimiento vegetativo se convierte posteriormente en ciudad. Los labradores, por otra parte, se juntan y construyen en sitio apropiado —alturas escarpadas y lugares casi innaccesibles— un gran depósito, recinto amurallado donde almacenan los granos, guardan las herramientas y recogen los ganados; depósito que es, a la vez, fortaleza para la defensa contra las posibles incursiones de los grupos adversarios y mercado donde se verifican pacíficamente las transacciones con los grupos amigos y, al lado del cual sus dueños, los agricultores, construyen sus viviendas para custodiar sus mercaderías, originándose de esta suerte un nuevo proceso de formación urbana.

La *lucha*, que según Heráclito es "la madre y la cuna de todas las cosas", origina también ciudades en la prehistoria del mundo, y lo hace en dos formas: a) la *fortaleza* militar se convierte, con el tiempo, en el corazón de la nueva urbe, que ha ido creciendo y expandiéndose en torno a la misma (Madrid, capital de España; Asunción, capital del Paraguay, etc.); b) con fines de defensa se procuró reunir en espacios amurallados, relativamente pequeños, al mayor número de personas.

El *mito*, reacción espontánea de la fantasía colectiva para desentrañar los enigmas de la vida y del mundo circundante, anterior a las religiones y a la ciencia, ha dejado su huella perdurable en la marcha de la civilización. Algunas importantes ciudades reconocen y se ufanan de su origen mítico; entre ellas, Roma, vinculada al mito de Rómulo y Remo, los gemelos amamantados por la loba legendaria; Tenochtitlan, nuestro México, surgida por voluntad de los dioses, en el mismo sitio que ellos determinaron en las islas del antiguo lago de Texcoco, y el Cuzco, "ombligo" del mundo, que eterniza el mito de Manco Cápac, fundador del poderoso Imperio de los Incas, que se extendió desde Pasto, Colombia, hasta Tucumán, Argentina.

La *influencia religiosa* explica, a su vez, principalmente en la Edad Media, la formación de las ciudades, ya sea en torno a los *monasterios* construídos primitivamente "lejos del mundanal ruido" como lo quería Fray Luis y que con el transcurso del tiempo se convirtieron en epicentros de núcleos urbanos que prosperaban al amparo de sus privilegios y de su protección, ya sea bajo el *patrocinio episcopal*, como aconteció en los siglos ix y x en Alemania del Norte hasta la que no había llegado la ocupación romana y cuya corte eclesiástica hizo posible, para la satisfacción de sus necesidades, la existencia de pequeñas urbes.

El *feudalismo*, sistema típico del Medioevo, surgido a raíz del cataclismo histórico que representa el derrumbe y la desintegración del mundo grecorro-

no y la aparición de las nuevas nacionalidades y de las nuevas estructuras político-sociales, crea también ciudades en una trayectoria múltiple: agregación de castillos feudales, como ocurrió en el norte de Europa; construcción dentro del feudo amurallado para gozar de su protección y de sus garantías, originándose así ciudades que eran, por eso, propiedad íntegra del señor feudal a quien le pagaban crecidos tributos, acaso las más fuertes rentas que percibía el señorío; o erección, por los comarcanos humildes, de pequeñas poblaciones, más allá y en torno a las murallas feudales, ya que no tenían capacidad tributaria alguna, pero deseaban vivir al amparo de la esfera de influencias que el propio feudo, siempre poderoso, determinaba en sus contornos.

La *economía*, poderosa palanca que sirve para mover el eje del mundo y de la historia —aunque no sea la única ni la exclusiva, como equivocadamente pretenden algunos—, ha ido engendrando también ciudades, en el transcurso de la evolución humana, al través de todas las épocas, en su doble trayectoria comercial e industrial. En la Edad Media nacieron al impulso de la nueva fuerza económica representada por el comercio. Fueron los comerciantes que necesitaban nuevos centros y bases seguras en sus rutas quienes, compitiendo con los obispos y los señores feudales, fundaron esta clase de urbes, proceso que se acrecentó a raíz de las Cruzadas, al intensificarse el comercio y el contacto entre los pueblos del Occidente y del Oriente. Otras veces, el epicentro de la ciudad fue una factoría industrial.

La historia de América, en la época de la Conquista y la colonización hispana, brinda a la experiencia sociológica un nuevo tipo de creación de ciudades que nacen artificialmente, fruto de la *convención humana* que estudia y escoge previamente el sitio apropiado para erigirlas previos los trámites rituales que cumplen soldados analfabetos; se reparten los solares entre los fundadores, separándose las áreas destinadas a la iglesia, al cabildo y a la plaza mayor; se les pone bajo la advocación de algún santo patrono cuyo nombre bautiza a la naciente urbe; y se les condecora más tarde con títulos de nobleza y escudos de armas.

La ciudad, de esta suerte, es la resultante de un complicado proceso social, desarrollado al través del tiempo y del espacio y que, como lo anota acertadamente Phelps, consta de los siguientes aspectos: a) crecimiento de la población y, simultáneamente, el tránsito racial y cultural de su homogeneidad originaria a su heterogeneidad posterior, tránsito que es la esencia del progreso; b) acentuación progresiva de la división del trabajo; c) incremento del comercio y de la industria; d) desarrollo de la independencia económica; e) estratificación social en clases y movilidad de las mismas, en la verticalidad ascendente o descendente y f) desarrollo institucional mediante la creación de entidades polí-

ticas, asistenciales, jurídicas, económicas, etc. A estos signos agrega, con acierto, el sociólogo mexicano Lucio Mendieta y Núñez cualidades negativas tales como el crecimiento del pauperismo, de la prostitución, del vicio y de la criminalidad.

Signos Distintivos de la Ciudad Desde el Angulo Sociológico.—Los principales signos de la ciudad son: 1) su institucionalidad; 2) su poder de atracción; 3) su fuerza expansiva; 4) su tendencia democrática igualitaria.

1.—La institucionalidad urbana atraviesa dos etapas sucesivas: el Estado y el Municipio.

En su origen, la ciudad se confunde e identifica con el Estado. Cada ciudad es un Estado. La jurisdicción estatal está marcada precisamente por los límites urbanos. Ser miembros de la ciudad equivale a ser miembro del Estado. De ahí la significación de la palabra "ciudadano". "Civitas", entre los antiguos, significa "ciudad" o "estado", indistintamente. El Estado resulta, de esta suerte, la institución representativa de la ciudad. Es algo más que esto: es la ciudad misma.

Posteriormente, cuando, como consecuencia de las luchas entre las ciudades o de la concertación pacífica entre ellas, se forman las ligas o confederaciones interciudadinas, impuesto por la violencia del vencedor en el primer caso, o por la libre voluntad de los asociados en el segundo, el Estado adquiere una mayor amplitud. Ejerce su jurisdicción no sólo dentro de los perímetros de una ciudad, sino sobre todas las que integran la confederación, incluyendo las zonas rurales intermedias. Tiene entonces un carácter no ya urbano como antes, sino regional. Y en este momento, cuando el Estado, por haber adquirido mayores dimensiones ha dejado de ser una institución exclusivamente urbana, es cuando surge otra institución, distinta del Estado, elegida democráticamente por todos los vecinos, que asume la representación exclusiva de la ciudad. Esta institución cambia de nombre según los países —comuna, municipio, ayuntamiento, cabildo, etc.—, pero su esencia y su finalidad es siempre la misma: blason corporativo de la urbe, "institución de todas partes y de siempre".

Manuscritos provenientes del siglo iv —descubiertos en octubre de 1952 en una aldea del Estado de Uttar Pradesh— acreditan que ya desde esa centuria existió un régimen comunal democrático en esa parte de la India, el país de las castas. Eran elegidos los administradores de la ciudad, y cualquier ciudadano, hombre o mujer, "hasta los barrenderos y lavanderas", podían presentar sus candidaturas para esos cargos. Presidiendo siempre un orden de funciones vitales en el cuerpo social, adquiere el municipio vigoroso impulso en las ciudades griegas, fenicias y romanas de la Antigüedad. Es en la Edad Media,

un elemento poderosísimo de las monarquías ibéricas, desde el siglo xi hasta el siglo xvi, y en Alemania, Francia, Inglaterra, un arma poderosa del pueblo en su lucha contra el feudalismo. Se convierte en república en la Península Itálica. Es uno de los instrumentos ejecutivos de la Revolución Francesa. Y su historia resume el grado de libertad y de prosperidad que han disfrutado los pueblos. La libertad municipal es la más difícil de conservar porque es la más susceptible a las invasiones del poder político. "Despejad al municipio de su independencia —dice Tocqueville—, quitadle su fuerza, privadlo del ejercicio de sus funciones y tendréis súbditos administrados, pero no ciudadanos."

En Hispanoamérica, los municipios o cabildos, de abolengo español, desempeñan funciones importantísimas en los años turbulentos de la Conquista, en las luchas promisoras de la emancipación y en los albores de nuestro republicanismo.

Tiene la ciudad un indiscutible *poder de atracción*, determinado por el mayor aliciente al espíritu de empresa, la mayor demanda de brazos, el mejor standard de vida, las perspectivas de las profesiones liberales y las esperanzas del ascenso social. Determinan estos factores los incesantes movimientos migratorios del campo a las ciudades, duelo interminable entre la ciudad y el campo que se inicia en la Antigüedad, prosigue en las épocas posteriores, se acrecienta en el siglo xix al amparo del ferrocarril y se agudiza en nuestros días, favorecido por todos los medios de locomoción, contribuyendo a agravar la crisis social y planteando muy graves problemas en la convivencia urbana.

El poeta Virgilio, en la Edad Antigua, afrontó este problema en sus "Geórgicas", poema que escribió para exaltar las excelencias de la vida campesina e impedir el creciente despoblamiento de los campos latinos. Pero no es con versos, por geniales que éstos puedan ser, como se resuelve una cuestión tan medular y tan honda, porque los versos jamás pueden convertirse en murallas de contención para las avalanchas humanas. Posteriormente, a fines del siglo xv y a principios del xvi el humanista inglés Tomás Moro, quien tuvo destacada actuación en el panorama político de Inglaterra, en su libro "Utopía" —palabra creada por él e incorporada ya en el léxico de todos los idiomas— procuró resolver, en el plano teórico, la marcha del campo a la ciudad y el antagonismo entre las poblaciones urbanas y rurales, estableciendo la obligatoriedad del trabajo rotativo de los individuos, en forma tal que cada uno de ellos debía laborar un período en la ciudad y otro en el campo, con lo cual, a su entender, se obtenía el equilibrio demográfico indispensable entre el campo y la ciudad, se evitaba tanto el despoblamiento del agro como la plétora humana en la urbe y se capacitaba integralmente al individuo en los trabajos propios de